

Ibán Roca
**La patera
y el galeón**



Una aventura apasionante
en las costas de Andalucía,
que une pasado y presente
alrededor de un galeón hundido



1
DOS ORILLAS

A Matías le fastidió posponer su lectura, pero llevaba un buen rato luchando por mantener los párpados abiertos y finalmente claudicó. Dejó sobre la mesa el libro *Piratas, corsarios y filibusteros* que Nando le había regalado por su cumpleaños y se desplomó de costado en el sofá, espachurrando la cabeza contra un cojín que olía a cuerno de cabra quemado.

El libro prometía. Matías apenas había leído veinte páginas, y el autor (el muy sádico lo hacía bien) ya le había deleitado con una serie de descripciones e ilustraciones a todo color sobre las torturas que Jean-David Nau, un feroz filibustero francés del siglo XVII, apodado el Olonés, infligía a sus prisioneros.

El Olonés siempre seguía la misma terrorífica táctica: elegía a un prisionero que sirviera de ejemplo a los demás y, o bien lo cortaba en pedazos, o bien le rasgaba el pecho sacándole el corazón, que en ocasiones masticaba y escupía a la cara de los demás.

Los prisioneros del Olonés, más al principio que al final, siempre confesaban.

«Mañana más», pensó Matías, y abrió la boca de par en par para liberar un eructo fruto de la mezcla de Seven Up con patatas fritas que burbujeaba en su

estómago. Silenció el teléfono móvil y lo dejó sobre la portada del libro. Un minuto más tarde, la imagen del aparato y el libro se emborronó, y Matías se sumió en un delicioso sueño lleno de mares de agua cristalina y playas de arena blanquísima. Cuando soñó que estaba a punto de abrir el cofre de un tesoro pirata, la vibración y el golpe del teléfono en el suelo lo despertaron.

—Matías, ¿eres tú? —entendió después de aceptar la llamada.

—Sí, Ángela —murmuró Matías. Pasaban un par de minutos de las diez, lo que significaba que apenas había dormido media hora.

Maldijo para sí en susurro.

—Sí, sí, sigo aquí, Ángela. Me has pillado durmiendo.

—¿A estas horas?

—Te recuerdo que me apunté a las movilizaciones de Carboneras y eso significa día y noche sin dormir.

Esta vez la respuesta al otro lado del teléfono, sonó claramente más áspera.

—Ah, ya, tus amigos de Greenpeace. Mira, Matías, ya te lo advertí. Deberías elegir dónde inviertes tu tiempo o no podrás con todo.

—No me sermonees, Ángela, por favor, hoy no.

—Como quieras. Te necesito aquí dentro de media hora. Me acaban de comunicar que son más de treinta y por lo menos llevan cincuenta horas a la deriva.

—Allí estaré.

—No corras, lo último que necesito esta noche es un accidente de tráfico.

Un pitido anunció el corte de la comunicación, Matías se incorporó del sofá y apartó con la punta del pie la lata de Seven Up, que seguía, claro, allí donde había aterrizado un rato antes.

«De mañana no pasa que limpio todo esto», pensó Matías. Durante la última semana había ido de cabeza, y la ausencia de sus padres tampoco ayudaba. Seguían en León con la tía Sonsoles, porque allí el maldito calor era más soportable, apenas había humedad y por la noche refrescaba.

Marcó el teléfono de su amigo Nando y saludó engordando la voz como si fuera un pirata de las películas:

–El Olonés al habla.

–¿Qué pasa, tío? Te creía en Carboneras.

–Estaba, pero he regresado esta mañana. Por cierto, gracias por el libro. Es brutal.

–Eso es porque no has probado el *Corsair*. ¿Por qué no te pasas por casa, pedimos unas pizzas y me echas una mano? En veinte minutos empieza la mega-maratón de Zaragoza y va a durar toda la noche.

–Me prometiste que vendrías.

–Lo había olvidado. Perdona. Hoy es imposible.

–Vale, hablamos.

–¡Eh!, espera.

–¿Qué?

–¿Te mosqueas?

–No, no pasa nada.

–El viernes que viene. Palabra de filibustero.

–Vale.

—Suerte con la partida, Nando.

Matías lo decía de corazón, pero cuando colgó no pudo evitar cierta desazón. No tenía nada en contra de internet. Tenía cuenta en Facebook y usaba Instagram con los colegas del insti, pero Nando se pasaba. Era la tercera vez que le dejaba colgado, y la excusa siempre era el maldito juego en red *Corsair*.

Entró en la cocina, metió la cabeza bajo el grifo del fregadero, cogió las llaves del coche y salió del piso llevándose consigo al Olonés y a sus descuartizados prisioneros. A menudo las esperas en el centro de acogida eran largas y el libro remplazaría la compañía de Nando.

Cuando Abdellah vio las luces de la patrullera, las lágrimas le saltaron de los ojos, amargado por el presentimiento que tuvo cuando subió a la patera y los traficantes aseguraron que la travesía no era peligrosa. El mar se mostró benévolo durante las primeras horas de navegación, pero a media tarde el viejo motor de gasoil de la patera se paró y la embarcación quedó a merced de las cambiantes corrientes del Estrecho.

El racionamiento aseguró las reservas de agua hasta el mediodía de la segunda jornada a la deriva. Abdellah nunca lo olvidaría. El sol mordía en la nuca como un perro rabioso y hacía brillar los tablonos alquitranados que le separaban del mar oscuro, frío y profundo, que había debajo. Después el cielo se puso rojo y antes de que el sol desapareciera en el horizonte,

la patrullera de la Guardia Civil los localizó y Abdellah agradeció a Alá su inmensa bondad, por librarle de otra noche en el Estrecho, empapado como estaba y temblando de una mezcla de frío y miedo, a saber en qué proporción.

El megáfono de los guardacostas intentó calmar al pasaje, que se puso de pie en la patera y agitó los brazos, casi todos, excepto Abdellah, que se quedó abrazado a su pequeña mochila, mientras ordenaba los sucesos de las últimas horas, porque era importante estar preparado para lo que vendría a continuación. El interrogatorio empezó cuando terminó el reparto de unos tazones de caldo, entonces la cara de un Guardia Civil se interpuso entre la cara de Abdellah y las luces de una ciudad.

—¿Hablas español? —preguntó el policía sin ningún ánimo. Sobre las rodillas apoyaba una carpeta con un impreso sujeto con una pinza—. Necesito que me digas tu nombre, edad y país de origen. ¿Comprendes?

¿Entiendes lo que te digo?

Claro que Abdellah entendía, pero negó con la cabeza. Además de español hablaba francés y chapurreaba inglés, pero negó con la cabeza. En tierra firme se repetirían las preguntas y volvería a negar, tal como el abuelo le había explicado que debía hacer, tantas veces como fuera necesario. «Hasta que logres escapar. Entonces continuarás tu búsqueda, cueste lo que cueste, porque eres el último Hakim al-Asrar, y ninguno antes estuvo tan cerca».

Matías encontró a Ángela atrincherada detrás de su ordenador portátil, una pila de carpetas pulcramente ordenadas, el cargador de los *walkie-talkies* y dos teléfonos color «panza de rana» que parecían sacados de una película antigua.

–Llegas tarde –dijo.

Matías giró la cabeza hacia el aparcamiento y Ángela levantó la vista del portátil.

–Si no has visto las furgonetas de la Guardia Civil es porque ya han descargado –añadió–. Ten, empieza por el chico que calza las Nike. Le he asignado la litera de arriba del señor Yazid.

Matías tomó la carpeta y uno de los *walkie-talkies*, y salió del barracón por la misma puerta por la que entró. Fuera los focos iluminaban los diminutos rizos de espuma en la orilla de la playa, que se extendía más allá de la verja. Una pena la falta de luna. A Matías le encantaba cuando la luna se reflejaba en un mar tan apacible como el de aquella noche. Duraría poco, el levante empezaba a entrar con fuerza.

«Al menos en eso han tenido suerte –pensó–, mañana habrá unas olas del carajo».

Lo que pasaba en las aguas del Mediterráneo era una puta vergüenza, y lo que él podía hacer era tan poco... La maldita guerra de Siria y la llegada de refugiados a las costas de Italia y Grecia acaparaban las noticias, pero el Estrecho seguía siendo un punto caliente y, desde la instalación del nuevo radar de Algeciras, las pateras llegaban con mucha más frecuencia a la costa granadina y almeriense.

«Y los políticos siguen sin hacer nada, qué asco».

Entró en el barracón y encontró a Mustafa Yazid sentado en su litera. Era un hombre de mediana edad, flaco como un espárrago, que hablaba poco y comía como una lima.

—Ten —saludó Matías, y le lanzó la manzana.

—Levante —fue la única respuesta del marroquí. Clavó los dientes en la fruta y salió del barracón.

El chico de las Nike estaba tumbado en la litera que había encima del colchón asignado a Mustafa Yasif, como había informado Ángela. Mientras Matías lo observaba, tan quieto y aferrado a lo que le pareció una mochila, pensó que de todos los trabajos como voluntario, aquel era el que menos le gustaba. Normalmente la información que obtenía la Guardia Civil era falsa o imposible de cotejar, así que les tocaba a ellos hacer el trabajo de «verificación». Ángela se lo adornaba con la excusa de que los uniformes daban miedo, pero Matías no podía evitar sentirse como un canalla.

La falta de sueño tampoco ayudaba.

—Me llamo Matías —dijo—, soy voluntario de la Cruz Roja, supongo que nos habrás visto por ahí... los del chaleco rojo.

Abdellah recordó las palabras de su abuelo, se mordió los labios y apretó la mochila con más fuerza.

—¿Necesitas algo? ¿Tienes hambre? ¿Tal vez un poco de agua?

Otro silencio.

«Empezamos bien», pensó Matías.

—Si no te importa, me tumbaré un rato aquí abajo y si me necesitas, no tienes más que decirlo.

Se tumbó boca arriba, encendió el pequeño flexo de pinza de la carpeta y echó un vistazo al cuestionario. Una estupidez, porque se lo sabía de memoria de tanto repetirlo. Aburrido, olvidó la carpeta y se quedó mirando el conjunto de literas alineadas a su izquierda.

Todo el mundo estaba fuera a esa hora, paseando o apurando un pitillo junto a la verja de la playa. La música de la emisora Radio Olé sonaba en un rincón, y el colorido tapiz de ropa tendida en cordones completaba la decoración de lo que se le antojó una atípica caseta de feria. Solo que allí nadie reía ni bailaba sevillanas hasta caer ciego de manzanilla.

Abrió el libro que le había regalado Nando por la página marcada con un billete usado de autobús y leyó en voz alta:

—«En el siglo XVI la Marina Española contaba con dos escuadras, las llamadas Galeras del Mediterráneo y la Armada del Mar Océano y Costas de Andalucía. Esta última cumplía la misión de defender las costas peninsulares y el tráfico atlántico con el norte de Europa, pero, tras los ataques de los míticos piratas Hawkins y Drake, el almirantazgo ordenó que con cada flota partieran sendas naves capitana y almiranta, galeones de al menos trescientas toneladas de porte y cuya carga de artillería debía aumentar en ocho cañones de bronce, cuatro de hierro, veinticuatro piezas menores y una dotación mínima de doscientos hom-

bres». ¿Has oído, compañero? Doscientos soldados dispuestos a enviar a Hawkins y Drake al fondo del océano.

Las Nike rojas aterrizaron en el suelo y Matías vio cómo el libro desaparecía de sus manos.

Se incorporó y miró de arriba abajo al chico marroquí. Coincidió con Ángela en que no podía tener más de catorce o quince años.

—Puedo dejarte el libro, si quieres, pero a cambio quiero que me digas tu nombre.

Abdellah esperó a oír la voz que guiaba sus pasos y cuando la voz dijo que podía confiar en el muchacho que tenía delante, confesó que se llamaba Abdellah y a continuación añadió en perfecto castellano:

—Necesito encontrar apellido Vázquez Tolosa, en Granada. Es muy importante.

Matías quiso preguntar, pero la puerta del barracón se abrió y Abdellah regresó a la litera de un salto.

—Matías, ¿eres tú? —llamó una voz—. Ángela me ha dicho que te encontraría aquí con uno de los nuevos. ¿Cómo va?

Era el cabo Gazules. Matías se explicó antes de que el guardia civil se acercara. Se le notaba a la legua cuando mentía y pensó que la penumbra que los separaba compensaría aquella desventaja.

—No suelta prenda —dijo sin entusiasmo—. Si hay algo, le aviso.

—¿Y su excelencia el señor Yazid?

—Debe de andar junto a la verja liándose una cosa de esas que llama pitillo.

–Claro –sonrió Gazules–. Vamos a enviar a un grupo a Roquetas. Por lo visto allí están un poco más desahogados.

Matías levantó el pulgar y se quedó inmóvil con una sonrisa de película en los labios. Cuando la puerta se cerró, se volvió como un rayo hacia la litera.

–Ya puedes volverte. –Abdellah no se movió.

–¿Esa tal María es amiga tuya? –La cabeza del chico negó.

–¿Un pariente? Si lo es, podemos ayudarte. –Era la parte que a Matías más le costaba, porque en muchos casos las solicitudes de reagrupación se rechazaban y en los mejores tardaban siglos en tramitarse–. Necesito que me digas tu país de origen. ¿Eres de Marruecos? ¿De Tánger, de Casablanca?

Abdellah negó con la cabeza y después dijo «Siria» y Matías se estremeció.